

vo del deber, de la verdad. (Con exaltada emoción.)
Ya no más. Me acojo á la farsa, á la mentira.

DIÓSCORO

Serénate, amigo. (Viendo entrar á Hiperbolos.)
Aquí viene el amigo Hiperbolos.

ESCENA V

LOS MISMOS. — HIPERBOLOS, que entra por el jardín;
UN SECRETARIO, que aparece por el palacio.

DIÓSCORO

(A Hiperbolos.) ¿Traes todo firmado?

HIPERBOLOS

Sí; firmó el ministro, y han firmado los señores del Consejo. Los amigos Cucúrbitas y Cylandros, interventores de la Sociedad, vendrán luego por aquí.

ALEJANDRO

¿Y qué tal, Hiperbolos? Esa Filantrópica va muy bien, á lo que parece.

DIÓSCORO

Aprobados por el Gobierno los nuevos estatutos, esperamos valiosas imposiciones.

ALEJANDRO

(Irónicamente jactancioso.) Cuando yo sea rico os entregaré parte de mi capital.

DIÓSCORO

Tendrás en nuestra Filantrópica pingües rendimientos.

ALEJANDRO

¡Oh! sí, sí; con ello cuento. Las operaciones fiduciarias son mi fuerte.

HIPERBOLOS

(Enfático.) ¡Oh, Marqués de Rodas! ¡El hombre de las ideas luminosas, el pensador conspicuo! Usted siempre discurrendo especulaciones atrevidas.

ALEJANDRO

Sí, me paso la vida discurrendo; mejor será decir rabiando.

DIÓSCORO

Rabia de originalidad, de arrebato mental.

HIPERBOLOS

Para dar alivio á la hiperemia cerebral, querido Alejandro, debe usted venir á la política.

DIÓSCORO

Tal creo yo. No nos sería difícil hacerte ministro.

ALEJANDRO

(Con afectada hinchazón.) Pues á ello. Tendré mucho gusto, querido Hiperbolos, en compartir con usted las tareas ministeriales.

HIPERBOLOS

Ya no soy ministro.

ALEJANDRO

Es verdad. No me acordaba. Tengo la cabeza...

HIPERBOLOS

Dejé la cartera por atender á mis asuntos particulares.

ALEJANDRO

¡Oh, muy bien! Jugada redonda.

SECRETARIO

(Que sale del palacio con un rimero de cartas.) Señor, ¿quiere firmar las cartas en el jardín?

DIÓSCORO

No; vamos adentro. Ven conmigo, Hiperbolos. Alejandro, quédate en el jardín, que estarás más distraído. (Entran en el palacio.)

ESCENA VI

ALEJANDRO, ATENAIDA

ALEJANDRO

(Paseando por el jardín.) Lucido estaría yo si esperara mi salvación de este maldito Dióscoro, que es la personificación del egoísmo. Allá está con Hiperbolos practicando el sistema del apla-

zamiento de todas las cosas y de echar el anzuelo en las aguas turbias de esta sociedad para pescar incautos... Yo me salvaré solo; me entrego en cuerpo y alma á lo imprevisto, á lo desconocido. (Queda suspenso, meditabundo.)

ATENAIDA

(Que entra por el jardín; viste con sencilla elegancia traje hechura sastre y toca redonda.) ¡Oh! Alejandro, ¿estás aquí? Solito y aburrido, según parece.

ALEJANDRO

(Estrechándole ambas manos.) ¡Ay, Atenaida! ¡Cuántos días sin verte!

ATENAIDA

Si me has visto, y no una sola vez; pero no me has hecho caso, ingrato, desmemoriado, desvanecido por las grandezas. (Se quita la toca y se pone un delantal elegante que tiene colgado en el cennador.)

ALEJANDRO

No digas tal. Ya sabes que siempre has sido y eres para mí la persona que más estimo en el mundo.

ATENAIDA

¡Zalamero! ¡Farsante! Me has acostumbrado á oír con alborozo tus palabras, y á no creer en ellas; sigue, sigue regalándome el oído.

ALEJANDRO

¡Amiga del alma! No puedo olvidar los días placenteros en que te conocí, cuando yo era labrador rico y tú una mozuela gentil que aprendía para maestra y dabas lección á los chiquillos de aquel lugar rústico, de aquella feliz Arcadia en que nos criamos.

ATENAIDA

Luego nos vimos en Toledo y en Madrid, y me repetías sin cesar tus demostraciones cariñosas.

ALEJANDRO

De cariño y admiración, porque entonces ya eras tú una sabia que asombrabas al mundo por tu conocimiento de lo humano y lo divino.

ATENAIDA

No tanto; sé un poquito de lo de acá y de lo de allá.

ALEJANDRO

Del más allá quieres decir; por eso creo yo que tu ser es un conjunto misterioso de tierra y cielo, de mujer y ángel.

ATENAIDA

Adulón. Cuantas veces me has llamado ángel has huído de mí para correr á tu perdición.

ALEJANDRO

Al año de enviudar di algunos pasos para encontrarte.

ATENAIDA

Si tus pasos hubieran sido rectos y decididos, me habrias encontrado. Pero no hablemos de eso.

ALEJANDRO

Sí, hablemos de eso. (Le coge las manos.) Dame tus manos otra vez; ¡ay!, el contacto de tus manos parece que me comunica tu conocimiento de la vida espiritual.

ATENAIDA

Suéltame. (Desprende sus manos de las de Alejandro.)

ALEJANDRO

Al desprenderme de ti, ya me siento otra vez solo, triste, desesperado.

ATENAIDA

¿Qué te pasa? He oído que estás en situación angustiada.

ALEJANDRO

Sí; en mis ansias de muerte civil, abomino de la verdad y me acojo á la mentira. ¿Tú, qué me aconsejas?

ATENAIDA

Yo profeso la verdad. Lo único que puedo aconsejarte ahora es que te dejes llevar por el Destino y que te acomodes á los hechos humanos, cualesquiera que sean. (Oyese ruido de fuerte ventarrón; la fronda de los corpulentos árboles se agita visiblemente.)

ALEJANDRO

(Asustado.) ¿Qué es esto? ¿Tenemos tormenta?

ATENAIDA

No te asustes. Son los espíritus burlones que pasan, que revolotean por aquí; muy á menudo se les siente en este lugar y en los inmediatos.

ALEJANDRO

(Alelado, mirando al cielo.) Ya pasan.

ATENAIDA

Han pasado, pero no están lejos; volverán.

ALEJANDRO

Extraño fenómeno es este: ¿los espíritus burlones...? (A una ventana del palacio se asoman Calixta y Teófila.)

ESCENA VII

LOS MISMOS.—CALIXTA, TEÓFILA

CALIXTA

Maestra, ¿vienes á darnos la lección, ó bajamos nosotras al jardín?

ATENAIDA

Bajad, que aquí está más fresco. (Desaparecen de la ventana las dos niñas.)

ALEJANDRO

Ya sé que enseñas la Filosofía á las niñas de Dióscoro; me lo ha dicho él.

ATENAIDA

Yo les enseño la Filosofía, pero ellas no quieren aprenderla. También les doy lección de Arte culinario, de Corte y costura, Dibujo, Aritmética, Historia, Física, Economía Política, Música y Coreografía.

ALEJANDRO

De tu saber enciclopédico, esas frívolas muchachas no aprenderán más que la culinaria y el baile. (Salen las niñas de la casa.)

TEÓFILA

Hoy toca la Filosofía, ¡qué fastidio!

CALIXTA

Más quisiéramos dar hoy la culinaria; vamos á la cocina.

ATENAIIDA

No; vuestro padre ha dicho que hoy Filosofía á todo pasto. Vamos. (Dirigese al cenador; se sientan junto á la mesa. Alejandro permanece fuera.) Niñas: trataremos hoy de la Ética, doctrina de las costumbres encaminada á que la voluntad produzca el bien. (Coge uno de los libros que están en la mesa, y lo abre.)

TEÓFILA

No entendemos ni una palabra.

ALEJANDRO

Ni yo tampoco.

ATENAIIDA

(A Alejandro.) Chitón. (A las niñas.) La voluntad, el querer ó el no querer, es una facultad del alma en la cual está siempre presente el Yo.

CALIXTA

El Yo ó el Tú, porque tú tienes tu Yo y yo tengo el mío.

TEÓFILA

No; nosotras somos el no yo.

ALEJANDRO

Tiene razón: el no yo somos los demás.

CALIXTA

Y el Yo de Alejandro es el Usted.

ATENAIIDA

Silencio, y déjenme seguir. Decía que la Ética es la ciencia de las costumbres encaminada siempre á producir el bien y evitar el mal.

ALEJANDRO

De eso protesta mi Yo. Bien y mal son conceptos relativos. Yo sostengo que el mal produce el bien y viceversa.

CALIXTA

Viceversa quiere decir que todo es al revés.

TEÓFILA

Esta monserga de la Ética, del yo, del tú, de aquél y del qué se yo qué, es una lata horrible. Vámonos á la cocina para que nos enseñes el pastel de foie-gras con trufas.

CALIXTA

O la sopa de cangrejos á la provenzal.

ATENAIDA

¡Ay, qué niñas! No puedo con ellas. Si viene vuestro padre, os reñirá á vosotras y á mí.

TEÓFILA

Ya viene. (Sale del palacio Dióscoro.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—DIÓSCORO

DIÓSCORO

Chiquillas, ya estoy enterado de vuestro deseo. Basta por hoy de Filosofía. Atenaida, llévalas á la cocina y dales una leccioncita de Culinaria.

ALEJANDRO

La Culinaria es la Filosofía del estómago y la Ética del paladar.

ATENAIDA

Niñas, á la cocina; vuestro padre lo manda. (Atenaida y las niñas entran en el palacio.)

ESCENA IX

ALEJANDRO, DIÓSCORO; después CURIAS

DIÓSCORO

Ya estamos solos otra vez, Alejandro. Decías antes que el desastre de tus negocios te mueve á volver la espalda á la Razón.

ALEJANDRO

Tengo pruebas clarísimas de que mi perdición emana de mi apego á la estricta verdad y al insano influjo de los artificios llamados legales.

DIÓSCORO

Francamente, no te entiendo.

ALEJANDRO

(Aparte, retirándose á la izquierda y elevando sus brazos al cielo.) Misteriosa ley de la Sinrazón, sálvame. (Entra Curias por el jardín.)

CURIAS

¿Se puede?

DIÓSCORO

Adelante, amigo Curias.

ALEJANDRO

(Aparte.) Ya está aquí mi verdugo.

CURIAS

Llego á usted, señor don Alejandro, con una misión desagradable. Es para mí muy sensible ser portador de tal desdicha. (Mostrando un papel.)

ALEJANDRO

Ya sé lo que me trae usted, amigo Curias. Está usted medroso; diga lo que quiera, que ser hombre fuerte y por nada me arredro.

DIÓSCORO

Viene á notificarte... Es muy triste que en mi presencia y en mi casa anuncien la muerte civil á un amigo tan querido.

ALEJANDRO

No te aflijas, Dióscoro. Ya ves con qué tranquilidad oigo mi sentencia. El amigo Curias viene á notificarme el embargo inmediato de los bienes que me quedan, dejándome, como si dijéramos, en camisa. Ya ves que recibo la noticia con frialdad y entereza.

CURIAS

La ley es inexorable, señor Marqués de Rodas.

DIÓSCORO

Pero ¿no podrías aplazar, tomar largas...?

CURIAS

Imposible; todo lo más podría concederse un aplazamiento de pocos días.

DIÓSCORO

Siquiera un mes.

ALEJANDRO

No es preciso; me sobrarán recursos para evitar el embargo.

DIÓSCORO

Yo, con gran sentimiento mío, no puedo auxiliarte. ¿Con qué cuentas tú?

ALEJANDRO

(Con arrogancia.) Cuento con la herencia de mi hermano Demetrio, que ha fallecido en Buenos Aires legándome parte de su cuantioso capital.

DIÓSCORO

(Estupefacto.) ¡Ah! No sabía...

ALEJANDRO

Lo supe por un cablegrama que recibí el mes pasado; mas no quise decírtelo, por probar si tu amistad confirmaba tus generosos ofrecimientos.

DIÓSCORO

La verdad, Alejandro: yo no me encontraba con medios para sacarte á flote; pero en fin, si heredas á tu hermano, yo me felicito de ello. ¿Y esa herencia se hará pronto efectiva?

ALEJANDRO

Creo que sí. De Buenos Aires me anunciaron que... (Salen rápidamente del palacio Calixta y Teófila, con delantales de cocina. Curias hace reverencia, y se retira.)

ESCENA X

LOS MISMOS.—TEÓFILA, CALIXTA; poco después

ATENAIDA

CALIXTA

Papá, papá.

DIÓSCORO

¿Qué queréis ahora?

CALIXTA

Hemos aprendido el pastel de liebre sin liebre; es cosa deliciosa.

TEÓFILA

Ya lo probarás.

DIÓSCORO

(Contrariado.) No importunéis ahora, niñas; y Atenaida ¿qué hace?

TEÓFILA

Aquí viene. (Sale Atenaida del palacio.)

DIÓSCORO

Atenaida: si habéis concluido la lección de Culinaria, empieza otra para que nunca estén ociosas.

ATENAIDA

(Dirígese al cenador. Alejandro se le acerca, mientras las niñas siguen hablando con su padre.) Alejandro, entrañable amigo, ¿qué te ocurre? En tu rostro advierto sobresalto, emoción...

ALEJANDRO

Lo que adviertes es mi deserción súbita y resuelta del campo de la verdad.

ATENAIDA

(Severa.) Alejandro, pobrecito mío, ¿qué dices?

ALEJANDRO

He inventado una tremenda paparrucha para confundir á Curias y á Dióscoro.

ATENAIDA

Te entregas en cuerpo y alma á los espíritus burlones. Me lo había figurado.

ALEJANDRO

(Muy nervioso.) He supuesto una herencia. Tú, naturalmente, creerás que quedaré chasqueado.

ATENAIDA

No me atrevo á creerlo así. En esta desdichada región impera lo absurdo, lo inverosímil...

ALEJANDRO

Tú conoces bien mis anhelos. ¿Conocerás también la fuerza hermética que me los satisface ó me los niega? (Oyese de nuevo el rumor del viento en la fronda, más suave que antes y en sentido inverso.)

ATENAIDA

(Suspensa; atenta al ruido.) No sé, no sé; espera un poco.

CALIXTA

(En el grupo de la derecha.) El pastel de liebre, riquísimo.

TEÓFILA

Te chuparás los dedos cuando lo comas. Yo tengo ahumada la cara.

CALIXTA

Y yo me he quemado las manos en las malditas cacerolas. Vamos á lavarnos. (Vanse por el palacio.)

ESCENA XI

LOS MISMOS.—BASILIO, ARIMÁN

BASILIO

Señor: Ahí está un caballero que pregunta por don Alejandro. Aunque al entrar me dijo que venía de América, yo me malicié que sería de esos que vienen á pedir, á marear..., y le dije: no sé si está, voy á ver; y al oirme esto, me dijo: «Vengo á traer dinero.»

ALEJANDRO y DIÓSCORO

(Vivamente.) Que pase, que pase al momento.
(Vase Basilio.)

ARIMÁN

(Entra y saluda cortésmente.) ¿El señor Marqués de Rodas?

ATENAIDA

(Aparte; con espanto al ver al mensajero.) ¡El doctor Arimán!

ARIMÁN

(Disfrazado de caballero elegante en traje de viaje.) Telesforo Corrientes, agente de la Banca de Buenos Aires. Entre otras misiones, traigo la de hacer efectiva la herencia de su hermano de usted don Demetrio.